

08
Guzmán Papini y ZAS



LOS PACTOS HISTÓRICOS

Y EL

ACUERDO ELECTORAL

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL « INSTITUTO VERDI »

BAJÓ LOS AUSPICIOS DEL

CLUB « TOMÁS GOMENSORO » LA NOCHE

DEL 28 DE AGOSTO DE 1900



MONTEVIDEO

IMPRENTA "EL SIGLO ILUSTRADO"

Calle 18 de Julio, 23

1900

LOS PACTOS HISTÓRICOS
Y EL
ACUERDO ELECTORAL

7.8
GUZMÁN PAPINI Y ZAS

LOS PACTOS HISTÓRICOS

Y EL

ACUERDO ELECTORAL

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL « INSTITUTO VERDI »

BAJO LOS AUSPICIOS DEL

CLUB « TOMÁS GOMENSORO » LA NOCHE

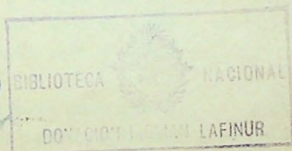
DEL 28 DE AGOSTO DE 1900



81.489

52.839

MONTEVIDEO



IMPRENTA "EL SIGLO ILUSTRADO"

Calle 18 de Julio, 23

1900



**Palabras pronunciadas por el señor
Alberto Zorrilla, Presidente del
« Club Gomensoro »**

Señores :

La tribuna política es fuerza de propaganda virtual en la organización de la sociedad moderna y, buscando para compararla la majestad de la imagen, la cumbre más prominente del pensamiento humano. Llegar hasta ella para exponer ideas, consagrar principios, controvertir teorías y abogar por los derechos civiles y políticos del hombre y del ciudadano, es ejercer el más alto y noble apostolado democrático.

Ofrecerla á todas las opiniones para que se entrechoquen con vigor, sin apartarse de las reglas de la discusión libre, culta y conceptuosa, es iniciar á la vez un período tribunico saludable en las actuales circunstancias, en que un régimen político de comanditarios acuerdistas (*Aplausos*) esparce por el ambiente

de la patria gérmenes morbosos para el civismo nacional (*Grandes aplausos*) y también para el civismo de nuestro gran partido, que representa en el pasado toda la grandeza histórica de la República, en el presente una fuerza popular de resistencia activa, y para el futuro algo más que una esperanza, lo que ha sido siempre: la idea liberal progresista y la escuela mil veces bendita del derecho, de la justicia y de la libertad. (*Prolongados aplausos*).

El Club «Tomás Gomensoro» que me honro en presidir, no limita su esfera de acción al cumplimiento de sus deberes partidarios; busca la tribuna política, desea el debate ilustrativo y razonado, y es por eso, señores, que al resolver dar su primera conferencia pública, se fijó, para ofrecérsela, en el Benjamín intelectual de su generación, del que se puede decir lo que los atenienses dijeron de Pericles: «la elocuencia vive en sus labios». (*Aplausos*).

Guzmán Papini y Zas, no es un cultor desconocido de la gaya ciencia ni tampoco un recluta en las lides de la palabra, y en las agitaciones de la vida pública. La mayoría de vosotros lo habréis escuchado en las Asam-

bleas populares ó al pie del monumento venerando de los Mártires de Quinteros, pronunciar elocuciones hermosas, llenas de fe y fervor partidario y también de ideas altivas, porque su cerebro las tiene, y de sentimientos y pasiones generosas porque su corazón las anida y su espíritu ilustrado sabe exteriorizarlas con brillante estilo literario.

Señores: aunque es usual en estos casos presentar al conferenciante, tratándose de Guzmán Papini y Zas, me considero eximido de llenar esa formalidad. Sólo debo manifestarle al poeta de las estrofas rítmicas y apasionadas, al orador de frases ardientes y ática forma, que la tribuna del «Club Gomensoro» le pertenece por derecho de conquista, que puede pasar á ocuparla para decirle desde su altura al Partido Colorado, lo que significan en nuestros anales políticos los pactos históricos, y lo que importará para el porvenir de nuestra democracia representativa, esa fórmula apóstata del Acuerdo Electoral. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Señores Miembros de la Comisión Directiva
del Partido Colorado.

Señores :

Me regocijo de ser el primero que os dirige la palabra desde la tribuna del Club « Tomás Gomensoro », y de ser, por esta circunstancia, el iniciador de la serie de batallas políticas que este Club prepara ; me regocijo, señores, porque siempre el que da primero las cargas del deber sublevado contra el error que triunfa, el que primero se dirige hacia el enemigo, es acreedor á un contingente de benevolencias y disculpas para las inseguridades y tropiezos de su jornada, pues no es justo exigirle firmeza en la marcha al que investiga un rumbo nuevo, al que tantea lo desconocido, al que, en una palabra, no es otra cosa que el explorador de un éxito ó de una derrota !

En mi divisa de lucha siempre leeréis, como en la divisa polaca : « Peleo, ¡ oh ! enemi-

gos, por mi libertad y por la vuestra » ; el blasón que me autoriza, es la creencia de que la estatura moral de cada hombre es el tamaño de las ideas que éste defiende ; y mi objeto capital es deducir una enseñanza histórica de esa gran herencia de acontecimientos que nos han legado las transformaciones dolorosas de nuestra vida política, porque todo ciudadano debe consultar á la experiencia y obedecer á los serenos mandatos de ella, si desea evitar las maniobras de las conjuraciones contra el orden social, contra el humano progreso y contra la humana redención. Yo no creo, como la demagogia intolerante y tempestuosa, que el verdadero patriotismo consiste en velar perpetuamente con el arma al brazo, acechando el momento oportuno de las revoluciones, porque yo creo, señores, que también es patriótico cargar sobre los hombros un pensamiento honrado y deponerlo á los pies de un gobernante, pues cada pensamiento honrado contiene una inmensa cantidad de odio y una inmensa cantidad de amor, el ataque á una causa y la protección á otra, condensa, como la gota de agua poblada de bacillus, la vida y la muerte bajo una misma envoltura de luz, y al ser recogido por un

Joaquín Suárez, se transforma en un gajo de laurel, del mismo modo que se convierte en el puñal de Bruto, cuando un César lo pisea! (*Aplausos*).

Comprendo, señores, que el desfile de los acontecimientos históricos del Uruguay deja angustias en nuestro presente y melancólicas dudas sobre nuestro futuro, pero, tened en cuenta que más de una vez lo que fueron dolores en el ayer infantil é ignorante de un pueblo, son ideas en el hoy aleccionado y sabio del mismo. Las lágrimas de una sociedad son semillas de luz que fructifican en el tiempo enseñanzas resplandecientes. Esas lágrimas son las perlas que los historiadores, esos buzos que se arrojan á las profundidades oceánicas del pasado, deben recoger y tirar al aire de la Humanidad, porque de un puñado de ellas, abandonado en el vacío, bien puede brotar, bien puede nacer un lucero que, como la estrella de Belén á los pastores, nos conduzca á la cuna de algún Jesús del Porvenir, de algún nuevo apóstol de la virtud, de algún revelador de nuevas y desconocidas perfecciones sociales. (*Aplausos*).

El acuerdo electoral que actualmente bo-ceta el primer magistrado de la República, y

que es el motivo principalísimo de las palabras que os dirigiré esta noche, es un pacto entre dos rivales, una aleación artificial y peligrosa del Partido Colorado con el Partido Blanco. Á ese convenio, señores, se le hermosea las partes que tiene de antidemocrático y de anticonstitucional, empapándole esas partes con el color de una necesidad indispensable para mantener el orden en toda la República. Yo, señores, antes de estudiarlo particularmente en su esencia, en su significación moral, os demostraré cuáles serán sus resultados, exhumando los que siempre han surgido de los acercamientos de esta especie, de los acuerdos, de las aparentes conciliaciones entre el Partido Colorado y el Partido Blanco, esos dos enemigos que deben ser, que son irreconciliables, porque á una hostilidad recíproca los empujan la antinomia de sus principios, la semejanza de sus caracteres y los antagonismos imborrables de sus tradiciones respectivas. (*Grandes aplausos*). Escasea la democracia, señores, en esa pretensión de federar las ansias de dos Partidos radicalmente opuestos, porque en todo ambiente democrático ellos deben conservar autónomas sus acciones electorales, deben mantener indepen-

dientes y resueltos sus bríos, sus rudezas, sus anhelos y sus empujes cívicos. El Acuerdo es la fusión momentánea, la mezcla improvisada, contra todas las leyes de la Historia,—la mezcla improvisada de dos agrupaciones populares que se repelen, la división del poder nacional entre dos Partidos que se aborrecen, que en perpetuo desafío viven, y vosotros bien sabéis cómo dos Partidos distintos en el Gobierno desaprovechan, mejor dicho, señores, inutilizan la fertilidad de un pueblo, porque son dos fuerzas contrarias que se anulan recíprocamente, y, al devorarse entre sí, devoran los impulsos y las tendencias y las protecciones que aún los pueblos más llenos de savia requieren para su florecimiento y su vigorización. (*Aplausos*). Yo creo que se debe gobernar con un Partido, aunque se gobierne para todos, (*Bravos y aplausos*) pues en estos casos el progreso es el resultado de un matrimonio entre dos grandes cuerpos, de lo que podríamos denominar la monogamia política de la Nación y un Partido. (*Frenéticos aplausos*). En las escalas de la animalidad la acción unisona y fecundante de dos sementales sobre una misma hembra, es un absurdo, es un disparate excluído de la germinación, y hasta en la

escala más poética de la Naturaleza, en la escala primaveral de las corolas fecundas, encontraréis una demostración indirecta de lo que os he manifestado, si observáis que toda flor, para dar su fruto, requiere el polen único de un pistilo solo ! (*Bravos y aplausos*).

Yo, señores, le consagro el tributo de todas mis vehemencias y constancias á la ambición de ver aliadas, dentro del orden constitucional, la magnificencia de la Patria y las felicidades cívicas del Partido Colorado, pues si este último, por su historia, que más que historia parece una leyenda homérica, merece que los corazones uruguayos le consagren un amor, la Patria, señores, la Patria es acreedora á un tributo sentimental de nuestros espíritus, porque ella no sólo es la tierra cariñosa que se desborda en flores á nuestro paso, no sólo es el aire en donde recogimos la primera risa que desfloró castamente la virginidad de nuestros labios, y en donde encontramos el primer sollozo que vibró en nuestro ser como un crujido del alma plegada con brusco doblamiento por el dolor, no sólo es el lugar donde cayó en nuestras manos por primera vez todo el oro de un rayo de sol, como si ese oro brillante fuera

una fortuna de vida y de salud y de alegría enviada á nuestro nacimiento por algún ángel del Paraíso, no solamente es todo eso que significa primavera, placer, tristura y existencia, sino que la Patria es también un girón del Continente Americano, un girón que deja de ser un terruño adorable, para transformarse ante nuestros ojos alucinados por no sé qué pasión gigante, en una divinidad augusta á quien el Plata con rizados cojines de espuma le envuelve los pies, el Río Negro le estrecha, como un ceñidor de fiesta, la cintura, el Cuareim la corona con la pedrería de sus ondas resplandecedoras, el Yaguarón le cae sobre la espalda como una trenza enflorada con blancas azucenas, y el Uruguay le trae desde el Brasil un torrente de deslumbramientos tropicales, mientras Rocha, la ciudad amante, como las esclavas orientales á la favorita más fastuosa de los asiáticos divanes, la abanica con las verdes pantallas de sus hojas de palmera, y Paysandú se hincha de orgullo, se yergue, reúne fuerzas y arroja hasta los cielos á la Meseta de Artigas, para que argentinos y brasileiros vean allá, muy alto, casi entre las nubes, como un águila de la gloria, al busto del vencedor de las Pie-

dras y del Cerrito ! *Prolongados aplausos y entusiastas aclamaciones .*

Voy á empezar el examen de los Pactos hechos en el país entre el Partido Colorado y el Partido Blanco, y empezaré este análisis histórico tomando, como punto inicial de mi estudio, el convenio con que terminó la Guerra Grande, pues el período troyano de nuestra Patria es el que tendió para siempre el abismo de odio eterno que separa á los defensores de los salvajismos oribistas y á los que defienden al orden dentro de la civilización y la democracia, y á la democracia, al orden y á la civilización, dentro de la libertad más amplia y más absoluta ! (*Aplausos*).

Espanta, señores, el recuerdo de aquella turba buitrera, de aquella horda feroz amotinada por Rosas y por Oribe contra el progreso social y contra la dignidad de los pueblos, de aquella horda que, como una inundación de lobos, corría y aullaba, primero, por los campos argentinos, y después, por los campos orientales, y que, entregada al pillaje, al latrocinio y al asesinato, dejaba siempre sangre, ruinas y cadáveres en pos de sí; (*Bravos y aplausos*) procesión macabra que empieza su peregrinaje en Buenos Aires, anega en sangre

á las provincias argentinas y, por último, se estrella impotente, rabiosa, jadeante y trágica, contra los muros de Montevideo, de este Montevideo, señores, que improvisó ejércitos y se salvó de la barbarie y de la muerte, porque en aquellos momentos de angustia patriótica, entre aquella marejada de sombras y de luces, en aquella sorpresa de tempestad, las espadas orientales se levantaron y, á manera de luminosos pararrayos, atrajeron sobre sí todas las descargas de la invasión, todos los relámpagos de la nube extranjera que llovía sangre sobre el Uruguay y que le daba al país una fertilidad dolorosa, una abundante cosecha de héroes y de mártires. (*¡Bien, muy bien!*). Los tambores de Oribe, como si fuesen hechos con la piel arrancada á las víctimas de la Mashorca, despertaron con sus redobles lúgubres á todos los horrores populares, conmovieron á todos los indiferentismos, porque aquella invasión era algo más que la lucha de dos presidencias, era el acto sangriento de un gran drama de recomposición territorial, era un asunto de geografía política, pues debido á esa invasión aparecían nuevamente las líneas coloniales del antiguo virreinato, era Rosas que enviaba á Oribe con

las cadenas de la conquista, para que Oribe atase con esas cadenas el destino de la República Oriental á la popa de los barcos de Bronw (*Grandes aplausos*) que habían de remolcarlo hasta el puerto de Buenos Aires en calidad de presa de guerra, (*Bravos*) como el botín de una piratería internacional. (*Estruendosos aplausos*). ¿Sabéis, señores, lo que se pretendía? ¿Sabeis lo que olfateaba Oribe, cómo un dogo de Rosas? La anexión de nuestro país á la Argentina, el vasallaje servil, la esclavitud de la Patria! (*Prolongados aplausos*).

Esta América que, por su alegría y sus matices, parece una carcajada de flores del Universo; que tiene altísimos volcanes, cuyas flámulas encendidas se agitan como si fuesen brazos que llaman y convocan á todas las razas libres; este gallardo continente que flota sobre dos Océanos, como el arca en que se salva del diluvio universal de las pasiones sociales el porvenir de la Humanidad, esta América, señores, tan poblada de sol y de perfumes y de cantos y de auroras, iba á recoger sobre su falda el llanto de una sierva hermosa, de una esclava tan adorable y tan doliente, como una Máter dolorosa de Rivera.

El despotismo de Rosas era un alma social fuertemente extraña, un alma viciosa y precoz que se adelantaba á su época y sentíase incómoda y apretada en el cuerpo territorial que le había servido de cuna y le servía de escenario. Y ese nuevo espíritu de Gobierno, señores, necesitaba más espacio para el desdoblamiento de sus acciones, requería un nuevo organismo geográfico capaz de contenerlo y dejarlo desenvolverse con holgura sus expansiones. Digo, señores, que no consonaba con el tiempo de su aparición, porque el pueblo argentino, en ese entonces, vivía en el ambiente de luz creado por la Revolución de Mayo. Ese despotismo, además, tenía un origen inesperado que le ceñía un carácter especial. Procedente de la Pampa, de las provincias mediterráneas, fué la invasión á Buenos Aires por el caudillaje llanero, y la pugna de las fuerzas desmelenadas y gauchas de la campaña hostil á la civilización, contra la influencia culta, contra los elementos progresistas de la ciudad á su vez hostil á la barbarie. (*Aplausos*). Y era extraño, señores, porque el salvaje y el ignorante en vez de atacar á las poblaciones fuertes huyen al influjo y al acercamiento de ellas, así como los seres más sangrientos de

la animalidad buscan la selva ó el desierto, para refugiarse, cuando el hombre, de un puñado de actividades arrojadas al surco de un cimiento, como semillas de trabajo, hace brotar un edificio, que al irse enlazando con otros edificios más, parece una planta gigantesca que proyecta eternamente sobre el terreno en donde se ramifica, la sombra eternamente móvil de una capital que crece! (*Bravos y aplausos*).

Sólo pudo detener á la invasión de ese despotismo el pueblo uruguayo, este pueblo que parece haber cruzado alguna vez el desfiladero de las Termópilas, porque á él lo magnifican y lo salvan de los desmayos bizantinos y de las decadencias oprobiosas, energías siempre jóvenes y constancias siempre indeclinables. (*¡Bien, muy bien!*) La Patria, señores, si algún día hubiese un Josafat para las naciones, si algún día Dios las congregase para, en un Juicio Final, asignarles la parte de gloria que á cada una le corresponda, bien puede presentar únicamente, como prueba de los méritos que la blasonan, como título para obtener las admiraciones y los premios divinos, el recuerdo grandioso de la Nueva Troya! (*Entusiastas aclamaciones*). En esa valerosí-

sima defensa en la que, oídlo bien, no sólo se salvó la autonomía de este país, sino también el progreso moral de todo un continente, hasta esa mujer uruguaya, cuyo modelo primaveral lo veis continuamente en los balcones madrileños de nuestra ciudad ó en las rejas ó patios andaluces de nuestras casas de campo, esparciendo su alma de fuego por las muzárabes pupilas, manchando con la púrpura de los claveles sus cabelleras oscuras, y envolviendo sus formas voluptuosísimas en las brisas que embriagadas de perfumes loquean por el aire, esa mujer, señores, que es un símbolo de ternura y de belleza, tuvo encrespamientos de ola en su espíritu tan suave como el aterciopelado rayo de la luna, tuvo gritos de leona en sus labios retocados por el ángel de la poesía para modular versos de Figueroa, y repartió con generosidad patriótica la ardentía, los relámpagos y los sacudimientos de su alma española, porque nuestras mujeres, señores, si bien, como las heroínas del Dos de Mayo, no arrastran los cañones por las calles, en vez de detener en sus hogares al padre, al esposo ó al hijo ó al novio, cuando los extranjeros castigan á la Patria, lo alientan, le imprimen un beso ardiente y prolongado, que es una

despedida y una bendición, le ciñen una divisa, le entregan un arma y lo empujan al combate y lo obligan á morir con sublimidad en defensa de la Patria! (*Oración delirante*).

Entonces los prohombres del Uruguay realizaron la confederación moral de todos sus espíritus, un anficionado de héroes, la comunión de todos sus deseos, de todas sus energías, de todas sus esperanzas, en el propósito nacional de obstruir el avance de los invasores; entonces surgió Joaquín Suárez con las prerrogativas inalienables de su civismo, agigantado por los empeños titánicos que dirigía contra una interminable serie de dificultades, entonces surgió, señores, como un representante augusto del doble dolor de la Patria y de la libertad ofendidas, y creó repentinamente una organización política de la Defensa, así como Melchor Pacheco y Obes, aquel inspirado caballero de la Democracia, improvisó la organización militar de la resistencia troyana, demostrando ambos á dos que las naciones se rigen y se salvan por un cariño y un odio, por el cariño á la libertad y el odio á la tiranía. (*Nutridos aplausos*). Y entonces, señores, fué cuando la ciudad sitiada lanzó dos protestas que os recordaré por la grandiosidad

simbólica que las avalora. La primera fué aquel decreto que estatuyó la abolición de la esclavitud en el país, decreto que le arrojaba á la faz siniestra de los hombres del Cerrito los pedazos de las cadenas que les desprendía á los negros esclavos; *Aplausos* y la segunda, señores, fué la creación de la Universidad, como si Montevideo con esa obra hubiera querido contestar con una salva de luz y de civilización á los que, desde los parapetos de la infamia, desde las trincheras del crimen, le enviaban descargas de sombra y de barbarie! (*Frenéticas aclamaciones*).

Oribe, aquel jinete apocalíptico que montaba en el corcel de Atila, en el corcel fatídico que arrojaba espumas de sangre y deshacía cabezas humanas con sus cascos exterminadores; Oribe que en sus correrías era la Muerte á caballo; Oribe que desde su campamento veía las luces nocturnas de la ciudad sitiada, como si viese los fuegos fatuos de una ciudad de muertos; Oribe que transcurría sus horas concibiendo suplicios extraños y bordándolos con detalles de barbarie refinada, agregándoles un dolor nuevo, una impiedad desconocida, porque era un cincelador del crimen, un artista del tormento, porque en su cerebro ha-

bían desfiles enfermos de ideas trágicas, como si perpetuamente viviese en un ensueño poblado por cabalgatas voladoras de Alaricos, ese hombre que consideró á la vida como á una tela macerada por el pincel de Goya, como á un cuadro de horror, de sufrimiento y de maldad, ese monstruo, señores, se convenció después de nueve años de asedio pertinaz y de tentativas sangrientas, que el pueblo Oriental es un árbol con cuya madera siempre se podrá construir una horea para ajusticiar á los Judas y á los tiranos, y con cuya madera nunca se podrá construir una cruz para enclavar á la Libertad! (*Aplausos y aclamaciones*).

No creais, señores, que realizo un trabajo de arqueología fúnebre, que desentierro cadáveres para abofetearlos. ¡No! Vosotros sabréis que la verdadera justicia es la combinación eterna, la indisoluble mezcla de un odio vengador y de una ternura justiciera, vosotros sabéis, señores, que es un discernimiento escrupuloso de bendiciones y de castigos. Y si la verdadera justicia dispone de excomuniones intolerantes y terribles, para evitar los contagios del vicio, las influencias del ejemplo criminal, á la figura histórica de Manuel Oribe se le debe pegar una mancha de san-

gre, una llaga de maldición, un cáncer inexorable que la roa eternamente y que aterrorice á las multitudes! (*Prolongados aplausos*).

Señores: La Guerra Grande fué el motivo capital de la caída de Rosas. El déspota estancó sus mejores potencias, sus audacias, sus proyectos, sus prestigios, sus ejércitos, en un sitio militar que duró nueve años, en un asedio que no sólo fué un obstáculo para sus ensueños de absorción territorial sino que también le impidió el más acertado empleo de sus fuerzas en tentativas, tal vez más fecundas, que pudo dirigir hacia otros lugares del espacio. Hay obstinaciones en el espíritu que sólo tienden hacia el error como las obstinaciones inquebrantables de la brújula sólo tienden hacia el Norte. En las postrimerías de la guerra, tan exhaustos de vida se hallaban los sitiados como los sitiadores; en aquel duelo á muerte rodaron los dos combatientes, sin sangre en las venas heridas, casi sin alma en el organismo destrozado, pero con sendos caudales de odio, con mucho odio, porque á éste lo conservaban, como al arma la conserva y la aprieta entre las crispadas manos el luchador que cae moribundo y no domado al pie de su enemigo inconciliable! (*Grandes aplausos*).

La anulación recíproca de fuerzas, el desencanto que invadió á los sitiadores, y el deseo de evitar la descomposición de la Patria, ese deseo tan fuertemente sentido por los sitiados, trajeron el término de la lucha por medio de una aparente alianza de corazones, de un pacto de fraternidad, que no fué otra cosa que una tregua disimulada é impuesta por circunstancias invencibles, (*Aplausos*) pues ni las amistades colectivas ni las amistades individuales, tanto en el orden político como en el orden social, pueden nacer del contrato de dos antipatías irreconciliables, como en una medalla no podrán nunca unir sus superficies el anverso y el reverso de la misma, porque no hay reconciliación, porque no puede existir reconciliación entre la víctima y el victimario, entre la conciencia honrada de los mártires y la conciencia pecadora de los verdugos, (*Aplausos*) pues si eso sucediera, se nivelarían el vicio y la virtud, el carácter espartano y el carácter bizantino y caerían los pueblos en una deshonra fúnebre, en una paz terrible, en una especie de nirvanismo, porque esa paz sería la quietud y el silencio de la muerte moral. (*Grandes aplausos*).

La paz, en virtud del Tratado nacido en

Octubre del año 1851, fué una realidad del momento en toda la República. Ese tratado fué un apretón de manos ensangrentadas, que se unieron y se estrecharon y formaron un solo puñado de rabia, un nudo de odiosidad. A los defensores de la Nueva Troya les resultó una mueca de espanto el gesto de ira que desearon transformar en sonrisa de amor. Entonces el Partido Colorado sintió las vibraciones de un sobresalto de su dignidad y tuvo un inmenso temblor de tristeza, al recibir el abrazo judaico de su enemigo. Le pareció que un río de sangre salido del corazón de la patria lo envolvía y le castigaba el rostro y creyó escuchar, como protestas sepulcrales, el gemido de los mártires inmolados en la Tres Cruces y las últimas palabras de Marcelino Sosa, creyó ver entre las brumas horribles de una pesadilla á la legión italiana y á la legión francesa abrirse en dos filas para que entre ellas pasasen con sus banderas, encrespadas y abatidas por un gran duelo, los héroes orientales que llegaban desde los muros de la ciudad trojana arrastrando hacia sus cuarteles por última vez los pesados, los gloriosos, los invictos cañones de la Defensa! (*Frenéticos aplausos*).

Sí, señores, el Partido Colorado sufrió el

dolor de ese convenio impuesto por necesidades invencibles. Tal vez el Partido Blanco, al estrecharlo efusivamente, le abrió más las no cerradas heridas ó tal vez el Partido Blanco, que á veces tiene uñas de tigre, le desgarró la piel al bañarlo en las ternuras de una caricia! (*Bravos y aplausos*).

El Pacto de Octubre de 1851, si los motivos que lo determinaron, no lo justificasen ampliamente, por su esencia, por lo que es en sí, ¡ah! señores, sería la rehabilitación inmoral de los hombres del Cerrito, la rehabilitación ante su época y, después de su época, ante la historia americana. Con aquellos hombres educados en la Mashorca, sólo se podría capitular escribiendo las estipulaciones de los tratados en las paredes de una cárcel ó en los mármoles de una tumba, (*Ruidosos aplausos*) pues con los asesinos no hay en ningún lugar civilizado capitulación posible ni arreglo que no sea denigrante, pues los convenios con los que se han alejado por sus crímenes de toda lástima social, de todo sentimiento compasivo, siempre concluyen, deben concluir siempre en la prisión vengadora ó en el fusilamiento inexorable! (*Unánimes aclamaciones*). Es conveniente, por su oportunismo, la repetición de

las frases que el 14 de Septiembre de 1853 decía «El Orden», porque ellas vienen á testificar lo que os he manifestado en párrafos anteriores. Ese diario sostenía con su acostumbrada elocuencia que el Partido Blanco era el violador único del Pacto de Octubre y, para testificar sus opiniones, para testificar que los hombres del Cerrito despreciaron las cláusulas sagradas de aquel convenio político, con el propósito de entregarse al ejercicio antipatriótico y á la prolongación tranquila de sus conveniencias, ese diario, señores, exclama: «ahí está el hecho de tener un Partido una mayoría en las Cámaras, cuando se pactó que fuese igual el número de diputados de los dos; ahí está el hecho de tener un Partido diez Jefes Políticos de los doce que gobiernan los departamentos; ahí está el hecho de estar aún despojados de sus bienes los hombres de un Partido y de estarlos aún gozando sus depredadores.» (*Grandes aplausos*).

¿Sabéis, señores, cuál fué el resultado de esa violación? ¿Habéis olvidado acaso el 18 de Julio de 1853? Esa fecha es una comprobación histórica de que el Partido Blanco no procedió con lealtad en el convenio del 51, y es una prueba irrecusable de que no sólo es

una utopía el fusionismo, sino de que también lo son las aproximaciones, los pactos, los acuerdos, sean éstos de la clase que sean, con el enemigo tradicional, pues éste siempre antepone sus conveniencias á la nobleza y al estoicismo patriótico con que el Partido Colorado magnifica los sacrificios de sus intereses al interés nacional, el sacrificio de sus felicidades á la conservación de la paz pública. (*Prolongados aplausos*). En los comienzos del año 1853 los dos Partidos tenían su representación de fuerza, una cantidad de vida propia en el Gobierno, porque si bien Giró, era á la vez que blanco, Presidente de la República, el ejército, dirigido por jefes colorados, era una garantía armada del Partido de la Defensa. Pero, por este mismo carácter del ejército, por ser él un obstáculo para el triunfo completo y absoluto del Partido Blanco, los hombres del Cerrito, estimulados por Giró, se entregaron á la investigación de lo probable, á los tanteos sigilosos de la aventura estudiada, é intentaron fusilar, puedo decir, señores, asesinar al ejército de línea, porque un asesinato y nada más que un asesinato cobarde era lo que concebían en la calle Joanicó los que se conjuraron en esa época para escoltar

el 18 de Julio, día de fiesta cívica, aniversario de la Jura de la Constitución, los que se conjuraron, señores, para escoltar armados de sendos puñales á la Guardia Nacional de la Unión, que debía hacer fuego sobre el ejército de línea, cuando los defensores de las leyes, cuando los batallones de la Patria colocasen sus armas en pabellón! (*Aplausos y aclamaciones*).

Puesto que las acciones del Partido Colorado son tan gloriosas que nadie las oculta, todos vosotros sabréis que el Coronel León de Palleja, aquella figura de hierro y de caballeridad, conocía la sorpresa urdida, y vosotros también sabréis que las descargas de fusilería ordenadas por Palleja deshicieron en lágrimas de miedo al proyecto infame y limpiaron la atmósfera social del país, destruyeron el germen de una tempestad política del mismo modo que, por un procedimiento de la ciencia moderna, se purifica el ambiente manchado por una nube, en cuyo seno se incubaba una tormenta próxima, dirigiendo contra la nube hostil una descarga eléctrica que la disuelve totalmente en llanto! (*Bravos y aplausos*).

En la noche del 18 de Julio de 1853 hubo un nuevo acercamiento de enemigos, un nuevo

acuerdo. ¿Cuál fué el resultado de esa transacción? Las convulsiones de Septiembre del mismo año, el refugio del Presidente Giró y de su Ministro Berro en una legación extranjera y, por último, el desmoronamiento total de ese Gobierno que, como herencia política, legó á la historia patria tres documentos que respectivamente significan una traición, un absurdo y un sarcasmo, (*Bravos*) porque una traición sin calificativo es la esencia de aquel decreto vergonzoso firmado por Giró y por Berro, cuyo primer artículo dice: «Queda bajo la protección de los Agentes de Francia la Aduana de Montevideo»; (*Sensación general*) un absurdo, una ilegalidad ridícula, significa la proclama que el Presidente fugado lanza el 27 de Septiembre de 1853, manifestando en ella que «no ha hecho dejación de la autoridad constitucional de que se halla investido, sino que ha buscado solamente un asilo, suspendiendo temporariamente el ejercicio de su autoridad en la Capital»; (*Hilaridad*) y un sarcasmo significa la clarinada insolente que, en ese mismo mes y en ese mismo año, despierta las ironías de toda la población, aquel llamado á los extranjeros, aquella demanda de socorro, que es un sarcasmo en boca de Giró,

porque el Partido Blanco trata de justificar sus crímenes defendiéndolos, como se pretende defender á Rosas, en nombre de un americanismo, de una tesis de impiedad, de una barbarie regionalista, que consiste en la persecución desbocada, en el exterminio cruel de todas esas cantidades de progreso, de todas esas corrientes inmigratorias de trabajo pacífico, de todos esos ejércitos de obreros que con las herramientas al hombro, continuamente llegan de los centros más civilizados de la decrepita y descarnada Europa, á fecundar con su vida abundante de actividades á esta América tan joven y tan robusta que con las sublevaciones de ramas de sus selvas vírgenes, con los revuelos de sus cóndores andinos, con los galopes huracanados de las olas que desfilan por el sobrehaz de sus torrentes, nos habla siempre de lo más noble que hay en el Universo, de lo que más dignifica al espíritu del hombre y de lo que más arrebola con esmaltes de ventura y tintes de poesía al ambiente de las sociedades modernas, en una palabra, señores, de la esplendorosa, de la sagrada, de la divina libertad! (*Prolongadas oraciones*).

Oíd, señores, oíd, la resonancia que tuvo esa irrisoria convocación. Melchor Pacheco y

Obes la contestó con una proclama enérgica en la que el héroe de la Defensa les decía á los legionarios troyanos, á sus antiguos compañeros de armas: «Berro y Giró os ofrecen el premio que la ley os había decretado, y ofrecen doblarlo también, si tomáis el fusil para defenderlos, á ellos, á los hombres del Cerri-to, á los rufianes de los verdugos de Rosas» ! (*Estruendosos aplausos*) ¡Oh! italianos y franceses, ¡oh! nobles caballeros de la gloria, bien hicisteis en despreciar el sueldo de *condotieri* que se os ofrecía, porque de ese modo demostrasteis una vez más que los franceses y los italianos ignoran el camino de la Cólquida, el que conduce hasta el vellocino de oro, así como aun en medio de la noche más negra de una tiranía, sin vacilaciones y sin tanteos saben ir hasta el desfiladero de las Termópilas, cuando una idea santa, cuando un principio augusto, cuando un derecho ultrajado, necesitan el apoyo militar de una guardia espartana de Leonidas ! (*Grandes oraciones*).

¡ Ah !, señores, las transacciones entre blancos y colorados siempre han sido un semillero de angustias nacionales ; parece que no hemos aprendido aún que la intolerancia y la

conveniencia de nuestros adversarios políticos reacciona á puñaladas contra nuestras generosidades y contra nuestra caballeridad. (*Aplausos*). ¿Qué nos resta, señores, del Pacto realizado el año 1855 en la Villa de la Unión entre los generales Venancio Flores y Manuel Oribe? Nos quedan, como enseñanzas históricas, como experiencia aprovechable, la expatriación austera del General Flores y la hecatombe del Paso de Quinteros, la hecatombe horrible con todos los desbordes de sangre que formaron aquel caudal torrentoso de martirio que socavó las bases del Partido Colorado y trajo el derrumbe apocalíptico de esta colectividad cívica! Alejaos de todos esos contubernios indecorosos en cuanto la estabilidad de la justicia nacional lo permita, porque esos maridajes políticos entre blancos y colorados, ó producen la explosión, como el acercamiento del fuego y de la pólvora, ó emcadenan al luminoso partido de la Defensa, como en las aproximaciones del imán y del acero, siempre el acero resulta convertido en un esclavo resplandeciente! (*Prolongadas aclamaciones*).

El General Flores, cuyo prestigio se explica por la superioridad de su carácter sobre

las pasiones de su tiempo, no sólo representa en la historia nacional al primer mártir de su pueblo, sino que también representa al Moisés del Partido Colorado, al libertador que lo condujo desde el extranjero á la tierra de promisión de la patria. (*Bravos y aplausos*). El General Flores que entre los celajes de su inmortalidad histórica reúne á la grandeza de su vida la grandeza de su muerte ; cuyo nombre aún resuena en los oídos de nuestros gauchos como una vibrante clarinada de Coquimbo ; (*¡Muy bien !*) ese héroe que con los sables libertadores de la Cruzada cortó laureles de gloria en el Yatay, y que á la fiera del despotismo la acosó hasta en el fondo de las selvas paraguayas, ese gran soldado de la democracia sudamericana en los momentos en que pudo aprovechar en su beneficio el desorden moral, las trepidaciones cívicas y las tormentas de espíritus que sacudían al país el año 1855, renunció á todas sus ambiciones, á sus deseos lícitos, en homenaje á la Patria, é hizo un honroso esfuerzo encaminado á tranquilizar á la República, hizo una alianza con Oribe, alianza, señores, que hoy aplaudiríamos con efusión, si hubiera recibido el tributo de la lealtad y de la honradez juramentadas

y no cumplidas por el teniente lacayuno de Rosas, que á ese convenio le imprimió el carácter de una farsa payasesca en la que el tigre se vestía de patriota, en la que él, Oribe, enmascaraba sus intenciones con el antifaz sainetesco de la hipocresía puesta en acción dramática. (*Aplausos*) ; Ah ! señores, si toda esa burla no hubiese sucedido, tened, como verdad irrecusable, que el Pacto de los Generales en vez de originar la ingratitud que simboliza la expatriación de Flores y el salvajismo tartárico que simboliza la matanza de Quinteros, habría causado tal vez algunos días de bienestar al país. (*¡Bien, muy bien!*).

Los que aún no hayan justipreciado la fe púnica con que Oribe procedió el año 1855; los que aún no hayan, de un examen tranquilo de los hechos, deducido la sinceridad y la desgracia y la nobleza patrióticas del General Flores en ese mismo año, lean primero la solicitud militar en que en pos de una breve exposición de esperanzas y tendencias y dolores cívicos, recaba de los Poderes nacionales una licencia para ausentarse de la nación, y luego dirijan la vista hacia Entre Ríos, hacia aquellos lugares pastoriles en donde el estoico patriota, edicionando nuevamente el ostra-

cismo de Artigas, se entregó á los trabajos campesinos, hasta que los sucesos de descomposición y recomposición de la democracia argentina, cancerada por la tiranía de Rosas, lo colocaron al frente de las caballerías de Pavón, lo impelieron á deslumbrar con su talento estratégico en el simulacro memorable de Arroyo del Medio y lo hicieron descender, como un torrente de gloria, de heroísmo y de impetuosidad, por los barrancos inolvidables de la Cañada de Gómez! (*Grandes aclamaciones*).

El deseo de no fatigar vuestra atención me obliga á no extender mis consideraciones sobre el martirologio de Quinteros, sobre el martirologio de aquellos que antes de santificar con su sangre un retazo de nuestra tierra, condensaron en un solo movimiento revolucionario la insurrección de la conciencia cívica contra la deslealtad política, la insurrección del derecho ciudadano contra el absolutismo cesárico y la insurrección de la Patria contra sus verdugos, porque Pereira traicionó al Partido Colorado, fué un déspota que violó las garantías individuales y antes de ser el asesino de una legión de héroes fué el vejador innoble de la nación uruguaya, el discí-

pulo degenerado de aquel rey de Tulé que desde un festín arrojó al mar una copa de oro, pues él, á su vez, desde una de sus orgías palaciegas arrojó á un mar de lodo y de sangre el sol de oro, el sagrado sol de nuestra bandera! (*Estrepitosos aplausos*).

Señores: al Pacto del año 1855 le sucedió el convenio de paz firmado el 6 de Abril de 1872. En ese convenio se estipulaba el nombramiento de cuatro Jefes Políticos pertenecientes al Partido Blanco, como garantías de la libertad de este Partido en las elecciones. Ese Pacto, señores, fué funesto para el país, como todos los que le precedieron, porque alrededor de él se formó una paz y después, cuando los acontecimientos lo autorizaron, se formó un Gobierno y desde hace años, señores, se vienen formando algunas revoluciones! (*Bien, muy bien*). Voy á explicarme. Las cuatro jefaturas fueron prestadas en calidad de simples garantías electorales y no fueron cedidas como tributo de guerra; (*Bravos*) pero, cuando los últimos ecos de la revolución de Aparicio se borraron en el ambiente nacional, el Partido Blanco las feudalizó en su provecho, y el resultado de ese apoderamiento indisculpable fué que la Re-

pública no sólo está aún dividida en dos Estados, dirigidos respectivamente por una Presidencia Colorada y un Gobierno Blanco, sino que esos señoríos del adversario son la fuente de Juvencio en donde vigoriza y enflora las audacias y las altanerías con que, para obtener nuevas concesiones, amenaza alterar el orden público, cuando en realidad no lo altera soltando en nuestra campaña esos guerrilleros tártaros que á sus correrías las empiezan como soldados y las concluyen como mercaderes, (*Bravos*) porque se insurreccionan distendiendo una bandera y se someten negociando una Jefatura! (*Estruendos y repetidas oraciones*).

Este desfile de espectros, de héroes, mártires y verdugos, de neurosis sociales y de epilepsias políticas, que han revivido un instante al llamamiento de la frase evocadora y que acaban de pasar ante vuestra atención, como una marcha de recuerdos, salpicados los unos por manchas de sombra y envueltos los otros en los orientes luminosos de la gloria,—este desfile, señores, ya nos envía su adiós trágico, su despedida fúnebre, porque el estudio histórico que desenvuelvo, ya cruza las fronteras últimas del pasado y se extiende sobre los

acontecimientos póstumos de la democracia uruguaya, sobre los episodios que aún pueden colocarse en la galería de los sucesos contemporáneos.

La Revolución del año 1897, á pesar de las dianas de la frase que una prensa apasionada le ha entonado y le entona aún, se caracteriza, no en sus detalles, sino en su conjunto y tendencias primordiales, por lo faltosa de grandiosidad y de desinterés patriótico, pues sus programas y sus manifiestos no traducen más que odios inclementes contra la estadía del Partido Colorado en el Gobierno de la República, pues ya ni se discute si fué un movimiento del pueblo ó si fué la explosión colérica, el cálculo, con divisa, de las ambiciones de un partido que aprovechó una oportunidad, de ese partido, señores, que, por la unión intensamente disciplinada de sus elementos cívicos, porque los liga un odio común contra los Gobiernos Colorados, y porque eternamente respira un aire de tempestad, parece un manojo de hombres atado con la cárdena cinta de un relámpago. (*Prolongados aplausos*).

A lo que os acabo de decir, voy á agregarle una aclaración, voy á manifestaros, que, no

obstante lo expresado en los párrafos anteriores, no sólo admiro á la juventud nacionalista que corrió á los campos de batalla á defender sus ideales, sino que también, en esta noche de pasión, saludo desde lo alto de esta tribuna de la conciencia política á la memoria de los jóvenes que cayeron para siempre en esa defensa, porque ellos se batieron con sinceridad, con entusiasmo y con nobleza, y demostraron al mismo tiempo, que los orientales saben desgarrarse el pecho contra las bayonetas de un enemigo y saben arrancarse el corazón y arrojarlo con valentía al pie de una bandera. (*Nu- tridos aplausos*).

Yo no defiendo ni ansío justificar al Gobierno de Idiarte Borda, del cual fuí un anónimo enemigo, sino que únicamente os recordaré dos peculiaridades de ese período huracanado de la nación, en homenaje á la franqueza de mi palabra y en honor al Partido Colorado. La primera, señores, consiste en la honradez demostrada por la mayoría de sus Ministros, de aquellos Ministros á cuyo alrededor las calumnias tempestadas de la época rugieron espantosas acusaciones, á pesar de que hoy vagan por los infecundos eriales de la pobreza; (*Grandes aplausos. Ovociones*

al doctor Miguel Herrera y Obes) y la segunda consiste en la libertad que le concedió á las emisiones del pensamiento y al derecho de reunión, (*Bravos y aplausos*) y la libertad, como vosotros bien lo sabéis, es la única atmósfera moral en que florece el progreso de las naciones; es la gasa de esplendoroso orientalismo que, como un velo de nupcias, envuelve á las patrias que se desposan con la gloria; aclara y transparenta la vida popular, ilumina y dora los horizontes mentales de las sociedades, y á las sociedades les permite distinguir las más elevadas ideas y divisar las mayores alturas del espíritu humano y de la civilización, así como el Sol diaphaniza y alumbra los aires y nos permite divisar las más hermosas cumbres de la Naturaleza. Un pueblo sin libertad es un ave sin alas, un océano sin movimiento, un cuerpo sin espíritu, porque la libertad es una fuerza impulsora que, si la separáis bruscamente de un pueblo, hará su separación que ese pueblo caiga desde la altura en que se mueve, y se hunda en el fondo de un abismo que lo tritura y lo devora, como la piedra que, al perder la impulsión que la sostenía en el vacío, dominada por la ley de la gravedad, cae y se

deshace en mil pedazos. (*Aplausos y aclamaciones*).

Oh! libertad, libertad idolatrada, cuando en mi oído desgrana sus notas la décima tirteica donde el gaucho que estuvo en los entreveros del Sauce y en los ataques á Paysandú, te evoca, te saluda y te bendice, yo, entre los celajes que extiende ante mis ojos la fantasía, te columbro hermosa como la Venus de Milo, seductora y poética como la Beatriz del Dante, seráfica como una inmaculada de Rafael y celestial y casta como un ángel del Paraíso. (*Bravos y aplausos*). Yo te veo sobre el fondo sonrosado de mis ensueños como á un eterno manantial de luz, y te veo huir de las ciudades crapulosas con todos los rubores en las mejillas y todas las vergüenzas en el alma, con todos los rubores y todas las vergüenzas que debió cargar la primera mujer al retirarse del Edén manchado; te veo sosteniendo sobre la dorada cabellera al gorro frigio, á ese casco de púrpura, á ese casco de rubíes que parecen las cristalizaciones resplandecientes de muchas gotas de sangre derramadas en los calvarios por los pueblos mártires; y otras veces, ¡oh! santa madre del progreso, te columbro lloran-

do las ausencias del Sol en el cielo y de la justicia en la tierra, allá, entre las brumas escandinávicas de los países del Norte, entre esas brumas que parecen la condensación de todas las lágrimas que vierte al pie de sus verdugos la esclavizada Polonia. (*Aplausos*). Aunque murió Esparta con el mundo antiguo y en el mundo moderno la cabeza olímpica, majestuosa y deslumbrante de la Gironda rodó en la guillotina, aún existen muchos que te adoran y aún existen Petrarcas con alma de Tirteo que corren por ti al combate salmodiándote con loas de bendición, como si fueses una novia gentil, y aún existen también los que te bañan en la onda cálida y meridional de una estrofa y de una frase de pasión. (*¡Bien, muy bien!*). Te adoran los pueblos que, cual nuevos Leandros, desafían tormentas, olas y luchas para llegar hasta ti, cuando enciendes, como á una pupila que la inundases de amor y de luz, tu lámpara de Hero, tu resplandor atrayente, en una lejana orilla, porque no eres el ensueño, la perla enclaustrada en la intimidad del alma, sino la estrella que nos atrae y nos guía y nos enseña el rumbo de la perfección! (*Aplausos*). Y te canta su barcarola de ternura el marinero que en una gón-

dola azul, como la onda más limpia de un lago, con una mujer blanca y vestida con lujos orientales á sus pies reclinada, surca con su embarcación, que nada con la serenidad poética del cisne de Lohengrín, los canales dormidos de Venecia, cuando en la superficie de ellos flotan las imágenes plateadas de los astros reproducidos por las aguas, como si fuesen estas imágenes las azucenas y los lirios con que Dios les alfombra el camino de amor al gondolero y á su gentil compañera! (*Aplausos*). ¡Oh! libertad, la sangre que viertas caerá siempre sobre la conciencia de los que te hieren! ¡Oh! yo sé que cuando un apóstol del bien sube al reino de la muerte por la gradería trágica de un cadalso, yo sé que tú, como un ángel, descienes por la escala de perlas de la Vía-Láctea y le colocas al mártir una corona de astros en la frente! Te dibujas como una esperanza en el porvenir de los siervos, y en el espacio de las naciones libres como un águila inmensa que con el viento de sus aleteos formidables desfloca y dispersa las nubes del mal. Hija de los pueblos, los pueblos reproducen por ti la simbólica leyenda del pelícano, pues con la sangre de sus venas te mantienen, y á veces mucho se sufre para con-

quistar tu aureola para las sienes de un pueblo, como á veces se ensangrienta y llena de espinas las manos el que recoge flores para tejerse una corona! (*Aplausos*). Los alumbramientos de libertad que tienen las naciones, les destrozan las entrañas, como á la madre la destroza el nacimiento del hijo que la ha de sostener con su brazo! (*Bravos y aplausos*).

Señores: Combatid siempre por ella, aunque sepais que en cada defensa de ella tendréis que entregar un pedazo de vuestra alma á los agujones del dolor y un pedazo, tal vez toda la tranquilidad vuestra, á las mordeduras del combate! (*Aplausos*) ¡Oh! yo no ignoro que para obtener la libertad tenéis que abrir, que cavar bien hondo el sepulcro de los tiranos, como tiene el minero que abrir surcos en la tierra para llegar hasta el filón de oro! (*Repetidas y entusiastas aclamaciones*).

Perdonadme, señores, estas expansiones líricas, estas fiestas de la palabra en que la imaginación y el sentimiento se regocijan, porque así, señores, como el sacerdote, cuando descubre á la imagen de la Virgen María, murmura una plegaria, yo, al distinguir la

imagen de la libertad, me siento poeta y le consagro un himno de músicas verbales !
(*Grandes ovaciones* .

Las consecuencias del pacto firmado en el mes de Septiembre de 1897 no necesito casi recordarlas, porque no habrá uno solo entre vosotros que en este instante no las vea aparecer en la memoria tan irónicas como fatales. Irónicas y fatales, señores, porque el Partido Colorado comprende en la actualidad la burla afrentosa que significa el desarme del ejército revolucionario, aquel desarme funambulesco en que ese ejército entregó rebenques y picas, (*Hilaridad*) en lugar de deponer ante la melancolía augusta de la Patria los fusiles fratricidas que descargó contra las tropas beneméritas que nos dieron el heroísmo de Tres Arboles y las victorias inolvidables de Cerros Blancos y de Aceguá. (*Ruidosos aplausos*). He dicho, señores, consecuencias fatales, porque no sólo ese Pacto le facilitó al Partido Blanco los elementos poderosos con que prepara una nueva revolución, sino que también eslabonó los acontecimientos populacheros y los escándalos oficiales que abofetearon no hace mucho tiempo la dignidad del país y que hirieron lo que hasta en

los años más terribles de nuestra vida institucional se respetó siempre, lo que, sin infamarse, nadie puede ultrajar, lo que es sagrado, lo que es inviolable: la Constitución de la patria! (*Explosión de aplausos y aclamaciones*).

La combinación de todas esas consecuencias formó la personalidad tumultuosa, el carácter turbulento, la idiosincrasia funesta del período nacional en que vivimos, de este momento político que es tan ardiente como una llama, y que, como una llama, deja en el cuerpo popular dolorosas quemaduras. (*Aplausos*). La revolución del 97 arruinó á muchos brazos, pero ¡ay! la paz del 97 dejó inválidas á muchas conciencias! (*Estruendosos aplausos*). La revolución del 97 atropelló al ejército de línea y la paz del 97, aunque os parezca un contrasentido, se batió en las plazas públicas y en las calles de Montevideo contra la Asamblea Nacional. (*Grandes aclamaciones*). La tempestad revolucionaria dejó un horrible espumajeo de odios en las olas populares. ¡Ah!, señores, el resultado final de ese Pacto ha sido una serie de naufragios cívicos en los que he visto más de una vez, como á una divina desesperada, en los que he visto

señores, á la moral pidiendo auxilio ó asiéndose agonizante á los cañones del 4 de Julio, como si en esos cañones hubiese creído encontrar las últimas tablas de salvación! (*Prolongadas ovaciones*).

El civismo, señores, ya ha perdido la fe y quebrado sus últimas esperanzas. La paz le arrojó muchas rosas á la República, pero ¡ay! los pétalos de esas rosas cayeron uno á uno ajados y marchitos y ahora solamente quedan las espinas de esas rosas clavadas en el cuerpo de la República. (*Bravos y aplausos*). ¡Pobre República! Yo te he visto sin Asamblea, como un cuerpo sin cabeza, como una columna tronchada á cuyo alrededor, á semejanza de enredaderas, se enroscaron las serpientes del odio! (*Fuertes aplausos*). Entonces la bandera roja del Partido Colorado fué la púrpura sagrada con que se hizo la túnica de un César! Hoy, señores, todo vacila, porque el pueblo, que soporta sobre sus espaldas á todos los acontecimientos, vacila y tiembla y hasta tiene sacudidas de espanto! Sí, el pobre pueblo tiembla, porque allá, por las cuchillas, no sé qué ser extraño se disfraza de fantasma de la revolución, envolviéndose en el poncho fronterizo de Saravia! (*Aplausos y aclamaciones*).

Abrigo la esperanza, señores, de haberos demostrado, si bien no con la elocuencia de mi palabra, con la elocuencia de los recuerdos históricos, cuáles son los efectos de los Pactos con nuestros adversarios políticos, de esos Pactos, señores, que se parecen á aquellos héroes griegos que nacían condenados al suplicio inevitable de la fatalidad. (*Muy bien*). Creo, señores, que después de ver las deslealtades y el egoísmo casi siempre sangriento con que procede el Partido Blanco en la práctica de sus convenios con el Partido Colorado, creo que después de ver las ulteriores críminas, los resultados lúgubres de todos esos convenios, creo, señores, que es patriótico, noble y justo oponerse al Acuerdo Electoral que se proyecta, que se anuncia, y al cual sus prohijadores se empeñan en justificar, mostrándolo como una exigencia de la tranquilidad cívica, como la única base del orden en toda la República. (*Aplausos*).

¡Ah! señores, oponeos á ese contrato comicial, oponeos, no sólo por lo que tiene de peligroso para nuestro Partido, sino también por lo que tiene de antidemocrático y más que por eso, por lo que tiene de anticonstitucional. (*Grandes aplausos*). El acuerdo

que se proyecta es una página más que se le quiere romper á la Constitución de la Patria. (*Bravos y aplausos*). ¡Oh! los que pensáis arrancarla, no la tiréis con desprecio, porque si cae sobre este volcán en que vivimos los de abajo, si cae sobre el incendio de nuestras pasiones, esa página se encenderá y, primero, como una llama débil y, después, como una bandera brillante de revolución subirá hasta vuestras alturas, hasta vuestros rostros á ponerlos una eterna marca de fuego y de reprobación en la frente! (*Explosión de aclamaciones y prolongados aplausos*).

¿Qué es en suma el Acuerdo Electoral que se prepara? Un convenio recíproco entre el Presidente de la República y el Partido Blanco, y digo el Partido Blanco, pues aunque una pléyade honrada y luminosa de jóvenes nacionalistas, cuyo portabandera es el inspirado vate Carlos Roxlo, ese noble caballero del honor, de la poesía y de la democracia, que tantas veces ha hecho vibrar el corazón de la Patria con sus cantos llenos de alondras y de palomas, esto es, de músicas y ternuras infinitas, pues, repito, aunque esa honrada y luminosa pléyade, que separo de mis ataques al Partido Blanco, protesta con

frase viril contra el Acuerdo, el señor Cuestas negocia directamente con el Directorio Nacionalista, el cual está, como nadie lo desconoce, investido de toda autoridad y de toda representación dentro de las acciones de su partido. (*Fuertes aplausos*). El Acuerdo, señores, es una asociación de socorros mutuos, (*Risas y aplausos*) por medio de la cual se pretende legalizar un reparto amistoso de sueldos, de solares políticos y de influencias nacionales. (*Bravos*) ¿En ese convenio se consultan la opinión y los intereses del Partido de la Defensa? No. El Presidente de la República se adjudica una Jefatura y una representación que no le corresponden, que las usurpa, pues sólo podría otorgárselas una Carta Orgánica de nuestro Partido ó sólo podría legitimárselas un plebiscito de todos los colorados, pues el señor Cuestas se apodera indebidamente de la jefatura y de la representación de nuestra colectividad política. (*Aplausos*). ¿Se consultan los intereses y los deseos del pueblo? No. El pueblo, según la Constitución, tiene el derecho invulnerable de elegir á sus representantes, y no consultando ni las aspiraciones cívicas ni las necesidades políticas de nuestros correligionarios, no se

le ha tenido ni se le tiene en cuenta en el convenio, porque el Partido Colorado constituye la mayoría ciudadana, la fracción más numerosa, la casi totalidad de los orientales. (*Entusiastas oraciones*). Además, señores, se viola el principio capitalísimo de la democracia, el principio representativo y proporcional de la mayoría y de la minoría, que tanto realza las luchas electivas, despierta y vigoriza el alma nacional, fomenta la organización fecunda de los partidos, y que es tan digno de las sociedades absolutamente libres y de los pueblos absolutamente honrados. (*Aplausos*). El Acuerdo Electoral que se prepara, restringe y recorta el poder sagrado de las mayorías, porque ese Acuerdo establece limitaciones á la elección que debe siempre ser libérrima, designa el número de baluartes que tendrá cada Partido en las Cámaras, y les equilibra á estos últimos sus posiciones, despuntando las ventajas de los más y arrimándoles elementos de combate que nos arrebatara, á los menos, á la minoría, á nuestros enemigos, á los blancos que nos odian con odios inextinguibles! (*Aplausos y aclamaciones*).

Estos Acuerdos, señores, no son otra cosa que aquellas fusiones que á Juan Carlos Gó-

mez le hacían exclamar el 7 de Septiembre de 1853 estas palabras hermosas: «Un partido político no puede abandonar, sin traición á la patria, la suerte del país á combinaciones de colocación de cuatro personas. O tiene convicciones ó no las tiene. Si tiene convicciones, su deber es hacerlas triunfar. Si no las tiene, su deber es disolverse, porque sin convicciones no hay razón para la existencia de un partido.» (*¡Muy bien!*). Estos Acuerdos, señores, son los que fustigaba con elocuencia tempestuosa el 1.º de Septiembre de 1857, ese mismo tribuno de la libertad con estas palabras no menos brillantes: «por medio de esas fusiones, decía, se establece un gobierno de compadres que se dividen la cosa pública, tanto para mí, tanto para ti, por un escamoteo de la voluntad del país.» (*Estruendosos aplausos*).

He llegado al término de mi discurso, señores, pero, antes de daros un adiós desde esta tribuna, desde este cráter relampagueante del pensamiento y de la pasión, quiero repetiros que en mí siempre encontraréis brazos para una barricada cualquiera de mi pueblo, porque en la democracia luchadora que nos agita, mi única aspiración es ser eternamente un

abanderado de la voluntad nacional! (*Nutridos y prolongados aplausos. Entusiastas ovaciones al orador*).
